

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 5 DE AGOSTO DE 1923

NÚM. 20.128

IMPRESIONES DE UN LECTOR

«La emotividad popular en el Cancionero de Cataluña»



El escritor catalán Juan Fornell érame conocido ya, ventajosamente, por unos ensayos sobre Maragall, en que predominaba el entusiasmo apologético sobre la crítica fría.

Acaba de publicar ahora un libro sobre tema interesantísimo: *L'emotivitat popular en el Cançoner de Catalunya*. La materia es muy vasta. Como el autor reconoce, ese libro no es más que la iniciación del tema. Pero se lee con interés creciente. Voy a permitirle transcribir las notas marginales que su lectura me sugirió.

¿Es posible considerar al Cancionero de Cataluña separadamente del Romancero, común a Castilla y Cataluña? Yo creo que no. La correspondencia entre uno y otro, en cuanto a los temas y a la versificación, es muchas veces absoluta. Si reputásemos como aborigen de Cataluña la sentimentalidad reflejada en alguno de esos fragmentos vulnerables, rapsodias de una epopeya dispersa, seríamos inducidos a error. La impresión que recibo en la lectura de ambos Romanceros es de unidad, más que de diferenciación. Al remontarnos en la Historia, parece que los caracteres se acercan y se funden, porque el tiempo no ha ejercido todavía sobre ellos su obra de disimilación. Castilla no había sufrido aún su gran crisis dinástica, ni Cataluña su definitiva desvinculación. Como manantial de emotividad, el Romancero es una forma histórica más que una forma étnica. Quiero decir que es el testimonio sobreviviente de una época, más que la concreción específica de una raza.

Me parece justa la observación del autor, opuesta a un juicio de Costa, que consideraba el Cancionero popular como un desarrollo sentimental del Refranero. Sin duda hay una intención moral o justiciera en muchos romances de la buena época; pero ello es, para mí, consecuencia de la transformación del tema heroico en tema providencial. Conviene explicar sucintamente esa afirmación. El Romancero, en su plasmación más pura, es una refundición o versión de los cantos de gesta; una nueva forma o avatar de la epopeya. La Epica, como la Tragedia, es la lucha del Héroe con la adversidad, divina o humana. En su forma primitiva, es el reflejo del poder del hombre sobre los dioses, a la manera satánica o prometeica. Conforme los tiempos avanzan, y la sociedad se consolida, la exaltación de la energía individual amengua. La confianza en la fuerza personal disminuye a medida que las potestades temporales crecen. Contra la injusticia humana, contra el despotismo de los príncipes, el héroe evoluciona hacia el mártir, apelando en su impotencia a la divina justicia, que no puede fallar, según la norma de la fe y de la belleza.

El Refranero tiene un origen muy diverso. No procede de fuente patricia, sino de origen plebeyo. Es el código burlesco y aun cínico del labriego o del menestral, obligado a usar de la astucia, el disimulo y el engaño para contrarrestar la fuerza de sus expoliadores. Con-

tra una creencia demasiado vulgar, los refranes no constituyen una ética ejemplar y recomendable, sino, por lo general, el código de lo que podría llamarse, en el peor sentido, *burgués*; la expresión del *sentido común*, esto es, el criterio anónimo de la masa; y del sentido utilitario, contra la generosa temeridad idealista. Desde el *Poema del Zorro* a las fá-

bulas de La Fontaine evoluciona esa modalidad, que puede llamarse *cómica* por oposición a la *trágica* del Romancero.

Claro está que la forma de *martino*, evolución de la de *heroísmo*, se desvirtuó con la invasión de los temas de ejemplario devoto y las leyendas de santoral en el primitivo tesoro de los temas heroicos. Fácilmente pueden dilucidarse

dos estirpes, en el contenido del Romancero: la juglaresca y la eclesiástica: la primera está más cercana a la raíz heroica, épica, propiamente popular; la segunda, a su manera, es erudita, menos poética, más cercana a la prosa originaria. Tenemos ahí, pues, temas de *ioglaria* y temas de *clerecía*. Los primeros son, a la vez, populares y aristocré-



COSTUMBRES ARGENTINAS.—TOMANDO EL «MATE», DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO, POR ARISTO TÉLLEZ

ticos, en la pura identificación poética de esos conceptos. Son producto de una inspiración personal selecta, obra de un poeta cuyo nombre se diluyó en el espíritu colectivo de su raza. *Deviniéron* populares, porque el pueblo se los asimiló como substancia propia.—Los segundos son trabajo de versificadores; versificaciones de devocionarios, en que la maravilla ha sido sustituida por el milagro, opuestamente a la manera como las crónicas fueron prosificaciones de los cantares de gesta.—Así podemos ver cómo las palabras *popular* y *plebeyo* corresponden a conceptos opuestos.

Opina el autor, impugnando a Milá, que las canciones populares son trasladados de narraciones en prosa a forma versificada. Así se corresponderían con lo que en mi país entendemos por *rondalles*, equivalencia del cuento maravilloso, que ha conservado el tipo heroico del protagonista, en su encarnación infantil, tal como lo vemos, por ejemplo, desde *Pulgarcillo* al *Calendau* de Mistral. Por aquellas prosificaciones quiere explicar el autor la circunstancia de que las leyendas en prosa ofrezcan más abundancia del elemento maravilloso que las canciones. Sospecho que la razón es otra. El autor identifica la palabra *canción* con el *romance*, en el sentido histórico de la palabra. Seguramente le ha inducido a ese equivoco la conservación de la riqueza melódica de los antiguos romances catalanes, admirablemente popularizada por la dignificación patricia de los orfeones. También creo que el Romancero catalán, en boca del pueblo, conserva hoy más vida que el castellano, porque éste ha dejado extinguir su parte musical. No insisto mucho sobre ese tema porque reconozco mi incompetencia para tratarlo. Apelo a los interesantes estudios de Pedrell.

A causa de esa doble supervivencia, poética y musical, los romances catalanes viven hoy como canciones, incitando a confundir una designación originariamente épica, el *romance*, con otra puramente lírica, la *canción*. En la literatura castellana, las palabras *Romancero* y *Cancionero* están perfectamente deslindadas.

Ahora bien: el Romancero catalán (restituyámosle su verdadera categoría) es, como el castellano, una nueva versión de los antiguos temas épicos. Reconstruyamos esa *dinastía* de formas épicas. Primera forma: Cantares de gesta.—Segunda forma: Crónicas (prosificación de aquéllos).—Tercera forma: Romances.—Cuarta forma: Libro de Caballería (prosificación de los romances). De manera que el proceso natural de esos cambios, va desde el verso a la prosa, en dos sucesivas transformaciones. Como en los tiempos primitivos la Historia y la Leyenda se confundían, pudieron las Crónicas nacer de los Gestas. Pero ya en los albores del Renacimiento, cuando la Historia empezó a adquirir carácter científico, la prosificación de los romances conservó su naturaleza poética, y originó lo que hoy se llama, tan impropriamente, *novela*, y que mantiene, en francés y en italiano, su nombre originario de *romance*.

Esas prosificaciones de los romances, en manos de profesionales de la pluma, fueron acentuando su cualidad fantástica, estilizándose enfáticamente, *amanerándose*, y perdiendo su mejor belleza: la sobriedad, aquella interrupción final dejada al misterio, como incitando lo desconocido a colaborar en la poesía, por incapacidad de la expresión humana; divino silencio, fecundador de la fantasía de los lectores, suscitador del escalofrío supremo, como roce de alas de un ave nocturna, mensajera de horror... ¿No nace precisamente de esa intención la balada germánica, tan dife-

rente de la *ballata* italiana, modulación lírica de la danza? Entre *balada* y *ballata*, a su modo, hay una transposición de lo épico a lo lírico parecida a la que media entre las dos formas históricas del romance; y también a la que media entre el romance y la canción, en sus formas catalanas.

Precisamente la inflación de lo maravilloso en el libro de caballerías produjo la decadencia de ese género, y motivó la sátira cervantesca. Pero al mismo tiempo renacían en forma nueva los eternos temas, en una Cuarta época, originando su etapa teatral, o propiamente trágica, y proporcionando a Lope de Vega la materia de su verdadera genialidad.

El Sr. Fornell nos promete una continuación de su libro, referente a la forma externa de los romances y canciones. ¿Por qué no intenta estudiar las relaciones entre la forma castellana y la catalana de los temas comunes a ambas literaturas? Sin duda ese estudio produciría revelaciones insospechadas.—Así, por ejemplo, la del desenlace diverso en el tema del *Conde Alarcos*, que es el *Comte Floris* en Cataluña. Acaso el desenlace feliz, en la versión catalana, no se deba a la diferente textura psicológica de los dos pueblos, sino a que *El Comte Floris* pertenece a tiempos más modernos, menos bárbaros, aunque también menos rudamente poéticos, porque han sufrido la intrusión del *modo ético*.

También sería interesante analizar aquellos temas exclusivos de Cataluña (exclusivos por lo menos en su forma sobreviviente), como *El Comte Arnau*, que procede de leyendas septentrionales (Uhland, Bürger y Walter Scott, si mal no recuerdo, lo refundieron en sus baladas). El Sr. Fornell ha querido personificar a Cataluña en la figura de la Condesa. Pero el Conde no es ajeno, ciertamente, a la maldad histórica de las supervivencias feudales, en Cataluña y Castilla; en Mallorca fué identificado precisamente con un magnate del siglo XVII, llamado por antonomasia *El Comte Mal*.

También podría el Sr. Fornell investigar la evolución de otros temas de origen diverso, como el del *Santo Cristo del Convento*, cuya última y más conocida versión es la del *Cristo de la Vega*, de Zorrilla.

No creo tampoco que sea privativa del carácter catalán la ausencia de poetizaciones referentes al amor a la humanidad abstracta; porque éste es un tema extrapoético, que pertenece exclusivamente a la depuración filosófica de los afectos.

Una pequeña observación folk-lórica: en mi país, Mallorca, no es la golondrina el pájaro sagrado, que arrancó las espinas de la cabeza de Jesús; sino el jilguero, por lo cual conserva en su rostro la coloración bermeja de la divina sangre.

Gabriel ALOMAR

la historia, y como cuarta dimensión, se escapa *todavía* a nuestro manejo. Son divisibles el pasado y el futuro; pero es indivisible el presente, en el que no hay antes ni después, y puede asegurarse que el instante es el infinito del tiempo, es su eternidad...

Y seguía devanándose nuestro discurrir: la sucesión es el ser y el no ser. Entonces, lo que cuando es ya no es, porque ha sido ya, ¿qué es?... ¡He aquí el tiempo, principio de contradicción lógica: lo que es y no es... al mismo tiempo!

Es duración, dícese. La duración es, esencialmente, dejar de ser: síguese, en fin, que el tiempo es lo que no es...

El filósofo comprendía que se le escapaba el tiempo de entre las pinzas de su crítica, como se escapa de entre las aspas del horario y el minuterio. ¡Por Cronos! Tornaba otra vez al punto de partida, que es la ignorancia de la ciencia; y desertando del *a priori* de Kant, aquel filósofo que tenía la hora que se le antojaba..., topábase con San Agustín: «Si no me preguntan qué es el tiempo, lo sé (¡gran sabio el Aguila de Hipona!); si intento explicarlo, no lo sé...» Cosa difícil, ciertamente, la que se sabe y no se explica, porque sabemos que lo que no se explica no se sabe.

E pur si muove... En el tiempo está todo el edificio...

Y en suma, el extraviado transeúnte perdía el tiempo en esta cuestión ardua. ¡El tiempo! Satélite de la eternidad, espacio del espacio, fiador universal de los sucesos, destructor y consumidor de las cosas, esfinge insaciable que, para subsistir, se devora a sí misma... Hechura es de toda actividad y de toda vida, ritmo de la respiración del orbe, compás de su circulación, pulso del mundo, número de su número...

En las agujas de la esfera es ángulo de puntos imaginarios, quicio de un espacio andado; en el péndulo, es gravedad; en el reloj de sol, es una sombra; en la clepsidra, es tierra.

El tiempo es engañador, puesto que nos lleva y no nos vuelve; es usurero, que de sus largos siglos nos suele dar años, a veces días, y a rédito de todo; pero es garantía de los nobles empeños; fugitivo para la pereza, aliado de la actividad, padre de la fortuna, hermano de la esperanza; corto para unos; para otros, largo; para todos, temible, como que nos pesa no ser eternamente mortales...

Y cosa tan alada han ideado los humanos encerrar en el pretencioso, desconcertante, invento del reloj, caja primorosa donde se vean sobre el esmalte medidas las horas, visible lo invisible, preso el movimiento... El hombre efímero se fabrica sus horas con esta máquina de leve ruido, y mediante el engaño de anticipar con sus dedos veinticuatro horas, cogidas a mal cálculo, copiadas de un patrón relativo, cree que ha dado impulso al penoso arrastre del Universo. ¡Famoso trabajo! Pretende sujetar el tiempo con cadena de oro...

De esta manera, con tales o parecidas meditaciones, vagaba el filósofo, mirando su pequeño cronómetro. Iba abstraído, fuera de sí mismo, porque el genio lleva su reloj adelantado..., y no observaba ya si se le hacía tarde... Contemplando el tránsito de la realidad, quedábase rezagado de ella.

No advirtió que un avisado mozo, apercibido de la abstracción de la filosofía, miraba con avidez, con ojos sagaces, el lindo reloj... El pilluelo pareció pensar igualmente que el tiempo es oro, oro de veinticuatro quilates, y de un tiron vigoroso y experto se llevó reloj y cadena, sin que el aturrido sofomano tuviera tiempo de reponerse.

Y el ladrón corría más que el tiempo. Todavía está corriendo...

José BRUNO

LOS POETAS NUEVOS

VIÑETAS DE MADRID

Sobre el tacón petulante,
ondulante,
bajo su mantón de chal,
con su prisa y con su porte
da a la corte
un garbo primaveral.
Al estudiante le prenden
y le venden
los flecos de este mantón,
y entre ellos—malicia y seda—
se le enreda
hasta octubre el corazón.
Piropos, bailes, sonrisas.
Besos. Prisas.
Alborozo en el taller.
Riñas y conciliaciones.
Confesiones
que aviva el atardecer...
Después... apremia la nieve,
aléve,
y mayo se queda atrás.
El mantoncillo lo guarda
la buharda,
y el novio no vuelve más.

E. RAMIREZ ANGEL

¡PERDÓN!

Perdón, si ante el encanto
rubio de tu belleza,
aunque me gustas tanto,
no pierdo la cabeza.
Perdón, si de tus gracias,
ante el blanco tesoro,
mis miradas son lascias
y no dicen «te adoro».
Perdón, si cuando tocas
en mi presencia el piano
no ves en mí ansias locas
de besarte la mano.
Perdón, si cuando muerdes,
mirándome, el pañuelo,
¡oh, virgen de ojos verdes!,
no soy un fauno en celo.
Perdón, si a tu conjuro
no renace el estío.
Nada—te lo aseguro—
del alma ahuyenta el frío
cuando la vida trunca
y el corazón corroe
el «Nunca, nunca, nunca...»
del cuervo de Edgar Poe.

José PEREZ BOYART

EL ORO DEL TIEMPO

IBA el filósofo por el grave parque, cuando la flama del sol rasaba apenas las hojas de los altos almeces; y el peripatético sacó un pequeño reloj de oro y le miró. Era algo tarde.

¿Algo tarde? ¿Por qué?... Y se quedó pensando en qué es tarde y en qué es temprano: adverbios del único, absoluto verbo, Ser, cuyo tiempo es el Tiempo; como el tiempo del Verbo es la eternidad...

La vista del cronómetro enredó sus cavilaciones: ¿qué es, en fin, el tiempo?

¡Perpetua pregunta de ella misma!

Si es, en rotundo, cuenta del movi-

miento, tal vez observamos viciosa esta definición, puesto que la cuenta del movimiento es movimiento... El tiempo no puede deducirse sino de una suma de tiempo.

Con referirlo al movimiento, estamos al cabo del movimiento; y la idea filosófica se queda en la pregunta, y no logramos contar debidamente el tiempo, ya que nos agitamos en él. A lo más podemos caracterizarlo como lo caracteriza Leibniz: «el orden sucesivo de las cosas.»

En cuanto al orden sucesivo de los hechos, el tiempo es cuarta dimensión de

EL REY DEL DESIERTO

Yo había hecho mi aprendizaje de aviador—entiéndase tan sólo: de hombre que es llevado por los aires a bordo de un aeroplano—en el sur de Macedonia, cuando el desastre servio, a fines de 1915, invitado por un piloto militar alemán, un mozo imberbe, casi un chiquillo, y loco de atar por añadidura. Me hizo volar por encima de unos elevados montes cercanos a la ciudad de Uskub, y, después de ejecutar una pirovuelta y arabescos en el aire con un virtuosismo del que él se mostraba muy ufano y a mí me tuvo el corazón en continuas bascas mortales, en lugar de aterrizar como Dios manda, planeando suavemente, y, sin duda, con ánimo de maravillarme y complacerme, lo hizo dando un «salto» de más de quinientos metros, que, pareciéndome a mí un verdadero «salto» en la Nada, me privó del sentido hasta que tomamos tierra en el campo del aeródromo.

A pesar de esta primera experiencia, de lo que me quedó durante mucho tiempo un recuerdo angustioso, reincidí luego muy a menudo en mi afición a pasearme por las «etéreas salas», con las que pronto llegué a familiarizarme, merced a mis frecuentes excursiones por los campos de batalla y a la amabilidad de los aviadores militares alemanes. Y así sucedió que una vez, habiendo llegado yo en compañía de otros dos correspondientes de guerra a Surash, un pueblecito polaco al sur de Bjalostock y a orillas del Narew, donde habían establecido los tudescos una base aérea de relativa importancia, el jefe de la misma, resultó ser cierto oficial viejo amigo mío, con quien viví en Gallipoli momentos inolvidables. Fué allí por los primeros días del mes de enero de 1916, cuando los ingleses abandonaron las posiciones de Sedil-Bahr, en el extremo meridional de la famosa península, desde cuyas riberas, al otro lado de los Dardanelos, divisábamos las gloriosas ruinas de Troya. El oficial se brindó a llevarme al día siguiente, en un magnífico «Albatros», de dos motores, por encima de las selvas de Bialovicza, hasta las posiciones rusas.

Nos elevamos con las primeras luces del alba. Atravesamos el Narew, y a poco nos internamos, volando sin grandes prisas y a unos trescientos metros escasos de altura, por aquellos bosques misteriosos, respetados en su virginidad por voluntad expresa de los Zares, con el solo objeto de perpetuar los bisontes que en ellos habitaban, únicos ejemplares de ese género de cavicornios que se conservaban en Europa. De pronto, en mitad de la selva, se ofreció a nuestra vista una dilatada pradera cubierta de amarillento pasto. —¡Bisontes! ¡Bisontes!—gritó súbitamente el piloto, volviendo hacia mí la cabeza y señalando con las manos una de las lindes del bosque.

En efecto; allí estaba la manada. Mi amigo, para que pudiésemos verlos más a nuestras anchas, hizo descender el aparato a unos cincuenta o sesenta metros, y describió varios círculos alrededor del sitio donde se vieron sorprendidos los feroces rumiantes. Estos, en lugar de desbandarse por entre los cercanos árboles, huida a la que yo imaginé les impulsaría el miedo, salieron más hacia el centro de la pradera, y, una vez allí, se reunieron en apretado círculo,

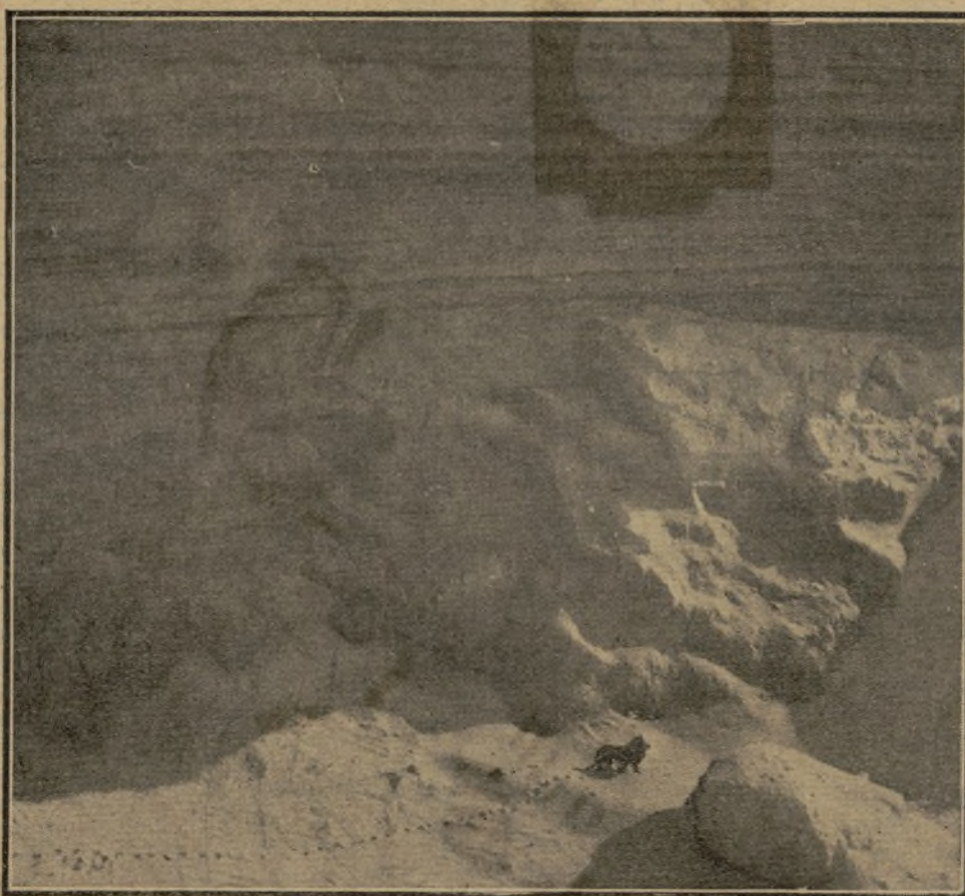
alzadas las hirsutas testuces, aperciéndose a la defensa, como si esperasen alguna acometida de aquel monstruoso pájaro que volaba por encima de ellos.

¡Bella actitud, que no olvidaré nunca, la de aquellos magníficos animales! Cuando regresamos de nuestro vuelo, el piloto, dirigiéndose a sus compañeros de escuadrilla, radiante de entusiasmo, les dijo: —¡Ya no será sólo el príncipe Leopoldo de Baviera quien cace bisontes en las selvas de Bialovicza!— Y contándoles lo que habíamos visto, les propuso para el día siguiente una extraordinaria batida en aeroplano y con ametralladoras. Yo recuerdo que protesté con energía. No sólo porque supuse que de aquel modo sería inevitable la total

y de príncipes, señor—, le respondí ingenuamente.

Observad esta curiosa y extraña fotografía, única sin duda. La sacaron los primeros aviadores que han atravesado el Sahara, después que los automóviles-tortugas violaran el milenarismo misterio del desierto, destruyendo a su paso todo un magnífico caudal de bellísimas leyendas. ¡Irían soñando esos audaces condotres humanos, al enfilarse la proa de su nave hacia las fabulosas montañas del Hagar, en el maravilloso reino de Atlántida, la diosa insaciable y de eterna belleza?

Ved ahí, al pie de unos médanos, por la inmensa sábana, avanzar un león—el Rey del desierto—. Observad las hondas



FOTOGRAFÍA TOMADA DESDE UN AEROPLANO EN EL DESIERTO DE SAHARA

destrucción de los bisontes europeos, de la que ya se hablaba en la misma Alemania, comentándose las hazañas cinegéticas del príncipe Leopoldo de Baviera y otros generales, sino porque me parecía que una cacería de aquella suerte, con la impunidad de la altura y arma tan mortífera, carecía en absoluto de belleza. Merecían una muerte menos vil aquellas hermosas y nobles fieras.

No sé si mi opinión hizo mella alguna en el ánimo de aquellos simpáticos aviadores. Lo único cierto es que, al terminar la guerra, de las selvas de Bialovicza, y con ellas de Europa, habían desaparecido totalmente los bisontes. Años después, en una entrevista con que me honró Don Alfonso XIII, contándole yo las aventuras de un viaje mío a través de Lituania y otros países bálticos, el Rey, gran cazador, inquirió detalles sobre la fauna que aún se conserva en aquellos bosques. Y al contarle yo de lo ocurrido con los bisontes de las selvas de Bialovicza, mostrando gran contrariedad, me preguntó: —¿Y cómo pudo ser eso?— Y yo: —Caprichos de generales

huellas que van dejando sus pisadas sobre la dorada arena, su majestuoso continente. Ha debido oír el ruido del motor, y se ha parado. Tampoco este león, como aquellos bisontes de las selvas polacas, siente miedo. Sabe que todo cuanto vive en la Naturaleza tiembla empavorecido al escuchar su rugir o presumir tan sólo, aunque sea lejana, su presencia. La hiena, al oírle, deja de aullar y busca refugio en las guaridas más hondas; el leopardo se agazapa y esconde; los más gigantescos gorilas lanzan agudos gritos y se refugian, atemorizados, en los más altos árboles; un silencio de muerte sucede a los balidos del ganado; los antilopes escapan con espanto por entre las breñas; el camello empieza a temblar, desobedece al guía, arroja su carga y busca su salvación en veloz huida. El hombre mismo, los valientes «tuaregs» se petrifican de terror al escuchar los rugidos de la imponente fiera.

Los aviadores descubren el león, la hermosa cabeza en alto, sin que un solo movimiento de inquietud altere su bella majestad. Se previenen las máquinas fotográficas y el aparato gira y planea

alrededor del Rey del desierto, a una altura conveniente para que se puedan impresionar con éxito unas placas. Luego, sigue su rumbo el aeroplano, hacia lo bello desconocido, sobre el inmenso océano de oro. El león prosigue también luego su camino, sin acordarse ya más de aquel pájaro brillante y ruidoso que huyó ante su presencia como los demás animales del desierto...

¡Pobre Rey magnífico y glorioso!... Volviera aquel pájaro y volverá, seguramente, como aquel otro de las selvas de Bialovicza, con ametralladoras que disparan miles de tiros por minuto. Se acabarían aquellas cacerías épicas, en las que el hombre luchaba cara a cara con las bellas y temibles fieras, en un esplendor de leyendas orientales, salpicadas de sangre. Vendrán al desierto los banqueros de la City, los «snobs» del «boulevard» y los choriceros de Chicago. Con maravillosos aeroplanos, en los que no falte «comfort» alguno, bien provistos de estupendas ametralladoras. A cazar leones como cazan los tímidos nandús, persiguiéndolos en un «Ford» por la Pampa argentina, con rifles automáticos, los «niños bien», los «compadritos» distinguidos de Buenos Aires...

Y se extinguirá la soberbia raza real y con ella el mito que más grandeza puso en el corazón de los pueblos y de los hombres.

¡Caprichos de la civilización que se complace en ir destruyendo símbolos a medida que avanza!

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO

La libertad de escribir

De Tristan Bernard:

Sí; el escritor debe pasar por una censura, pero por una sola: la suya.

Bastante nociva es ya esta censura. Pues hay autores, audaces de espíritu, que no demuestran el mismo valor cuando se trata de realizar, de publicar. Esta censura íntima y secreta cuenta ya con muchos abortos en su activo. Es una terrible infanticida.

De Paul Brulat:

Sí; yo opino que debemos conservar por entero nuestra libertad de escribir. Ciertamente esta libertad es causa de muchos abusos; pero los males que pudieran resultar de la asfixia del pensamiento me parecen peores aún.

De Abel Herman:

Desde luego, yo soy partidario de una entera libertad para los escritores. Pero un hombre que escribe no es forzadamente un escritor.

De Francis de Miomandre:

Sobre este tema no puede haber más que una sola opinión:

La libertad de escribir es intangible. La libertad de escribir sólo puede limitarse por la libertad del público que lee o no lee, según sus ideas y sus prejuicios. No hay más juez que la opinión.

De Romain Rolland:

Mi pensamiento es conocido de todos. Algunas enemistades me ha valido.

1.º Entera libertad de escribir.—No está libre de peligros, pero son peligros fecundos que provienen del libre ejercicio de fuerzas opuestas, y no de la inerte abdicación del espíritu.

2.º Contra toda censura.—Sea del color que sea. Yo no admitiré nunca ninguna.

Fum, Frit, Fop y Flac

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

ERASE una niña llamada Pichuca, que vivía con su padre en un pueblo, en una casita blanca.

La verdad, Pichuca no era su verdadero nombre, pero así la llamaba su padre, y nosotros no vamos a ser menos que él.

Pues bien; Pichuca sabía que existen por el mundo cuatro gnomos: el de la tierra, el del fuego, el del aire y el del agua, que se llaman Fum, Frit, Fop y Flac, y se pasan la vida vigilando y castigando a las niñas desobedientes. Lo sabía, sí, y, sin embargo... Bueno, ahora veréis lo que ocurrió.

Una mañana, el papá de Pichuca dijo a su hija:

—Pichuca, me voy a la ciudad a vender el queso que hemos hecho con la leche de nuestra cabra Blanca y la mantquilla que nos proporciona la leche de nuestra vaca Negrilla. Atranca la puerta, no le abras a nadie y no te muevas de casa hasta esta noche, que volveré.

—Así lo haré, papaito—contestó Pichuca.

Atrancó la puerta y se puso a trabajar; barrió, puso orden en la casa y luego zurció un par de magníficos calcetines verdes, con listas encarnadas y cuadros amarillos, que su padre solía lucir los domingos y días festivos.

Pero ¡qué largas se hacen las horas para las niñas que se hallan solitas en casa! A pesar de que los calcetines tenían numerosos agujeros, y todos de tamaño considerable, cuando nuestra amiga los hubo cosido aún no estaba mediada la mañana.

Entonces Pichuca empezó a bostezar, y tuvo una idea maravillosa, mente maña.

—Si salgo al jardín—pensó—, papá no se enterará ni me pasará nada.

Se puso sus zuecos nuevos, los que tenían florecillas pintadas, y salió.

Era en invierno y hacía mucho frío; el suelo estaba cubierto de escarcha; sin embargo, algunas florecillas tempranas asomaban ya sus cabecitas blancas. Pichuca se agachó para cogerlas, y en el mismo instante, Fum, el gnomio de la tierra, agarró fuertemente los lindos zuecos nuevos; cuando Pichuca quiso marcharse, no pudo. Al pronto, frunció su naricilla respingona, lo cual era su modo de manifestar contrariedad; pero en seguida lo arregló todo.

—Me iré sin los zuecos—pensó—, y volveré por ellos cuando el sol haya derretido la escarcha que los sujeta.

Y corriendo con sus medias de lana, volvió a encerrarse en casa.

Durante un rato permaneció tranquila, leyendo un libro lleno de cuentos, menos bonitos que éste seguramente; luego, tornó a aburrirse, tornó a bostezar y tornó a tener una idea tan desdichada como la primera.

—Me pondré los patines—pensó—y me iré a patinar al lago.

Porque en aquel país frío, en invierno se hielan todos los lagos y los ríos, y todos los niños tienen patines y saben patinar.

Como Pichuca era algo presumidilla, se puso sus avíos de gala: el gorrito de encaje, el vestido de terciopelo bordado y el delantalito de seda azul.

¡Lo que se divirtió patinando! Hasta el momento en que Fop, el gnomio del aire, que no podía dejar escapar tan buena ocasión de castigar a una niña desobediente, pasó corriendo, y apoderándose del gorrito se lo llevó, sin dejar de correr y soplar, Pichuca quiso arrebatárselo; pero resbaló y cayó, rompiéndose el hielo con su peso. No se ahogó, no; pero Flac, el gnomio del agua, que, por lo visto, estaba en acecho, sacó una mano y se apoderó del delantalito de seda azul, mientras con la otra salpicaba profusamente el terciopelo del vestido.

Correando, avergonzada, Pichuca huyó, y al entrar en su casita vió que, en el jardín, los zuecos nuevos de las flores pintadas habían desaparecido.

¡Y aún quedaba lo peor! Y fué que al colocar el vestido de terciopelo ante la lumbre para que se secase, Frit, el gnomio del fuego, adelantó una llama y se apoderó de él; cuando Pichuca quiso quitárselo se encontró, ¡ay!, con un montoncito de cenizas y una quemadura en la punta de sus deditos sonrosados.

Vertiendo lágrimas amargas de arrepentimiento, de pena y de rabia, se sentó ante su rueca y estuvo hi-

lando hasta la noche cerrada; entonces sonaron dos aldabonazos en la puerta y oyó una voz extraña que decía:

—Abre, Pichuca, soy el rey; vengo a casarme contigo y te traigo una corona de brillantes y un collar de esmeraldas.

Y Pichuca, obedeciendo las órdenes de su padre—¡a buena hora!—, dijo:

—No abro a nadie, papá me lo ha prohibido.

—Y la voz dijo, con otro tono distinto,

—Abre, Pichuca; soy tu padre.

—Y Pichuca abrió, y su papá, después de besarla, le dijo:

—Como veo que eres muy buena y obediente (Pi-



chuca se puso más colorada que un tomate maduro y bajó la cabeza) y como he ganado hoy mucho dinero, mañana quiero llevarte a la ciudad para que te pasees por las calles y veas escaparates preciosos y te compres bombones. No dejes de ponerte tu gorrito de encaje, tu vestido de terciopelo, tus zuecos nuevos y tu delantalito de seda azul; quiero que estés muy maja.

¡Pobre Pichuca! En su cunita blanca no conseguía conciliar el sueño. ¿Que hacer? Imposible ir a la ciudad con el traje de diario. Imposible confesar su desobediencia a su padre; imposible ocultársela; imposible...

Como acompañamiento a estas amargas reflexiones sonaba en la habitación el «tic-tac, tic-tac» del reloj, que jamás le pareció tan formidable, tan monótono,

tan odioso. Hasta el punto de que, por no oírle, se tapó los oídos y metió la cabeza debajo de las mantas; a pesar de todo esto, le pareció que aquel «tic-tac» se ejercaba aún más, que estaba junto a su cama; miró y quedó asombrada: ante ella había un señorito singular, que tenía una cabeza redonda con doce ojos alrededor de la cara y una boca en medio; se balanceaba rítmicamente sobre una única pierna, marcando con este movimiento el «tic-tac» del reloj, y aquel singular personaje habló con una vocecilla metálica:

—Soy—dijo—el gnomio Toc; odio a muerte a Fum, Frit, Fop y Flac porque se agitan continuamente sin ton ni son, y como yo soy un hombre metódico y tranquilo, me marean y me exasperan. Vengo a ayudarte con mis consejos; a vencerlos y a recuperar los objetos que esos granujas te han robado.

Y después de darle en voz muy queda los prometidos consejos, concluyó:

—Al ejecutar este plan, escucha mi «tic-tac»; cuando vayas a cometer una imprudencia, te avisaré diciendo «Tic»; cuando hagas algo que esté bien, diré «Tac».

Aquella mañana Pichuca madrugó más que de costumbre; en seguida colocó sobre la mesa, junto a la ventana, un hermoso frasco de cristal destapado, y, sin dejar de vigilarle con el rabillo del ojo, se puso a desplumar un pollo para el almuerzo. Y ocurrió que Flac, el gnomio del agua, advirtió el frasco y corrió a darse una vuelta dentro, y ocurrió también que Pichuca se precipitó y tapó el frasco. ¡Flac estaba cogido! Y el reloj aprobó con un «Tac!» sonoro y triunfante.

El pollo estaba ya mondo y lironde; Pichuca lo ensartó, lo colocó ante el llar y encendió una lumbre magnífica, y Frit, el gnomio del fuego, atraído por el buen olor, bajó corriendo por el tubo de la chimenea y vino a pasar su lengüecilla puntiaguda por la carne dorada y apetitosa. ¡Crac! Pichuca cerró la llave. ¡Frit no podía escapar! Y el reloj exclamó «Tac!».

—Frit—dijo Pichuca—, no te marcharás de aquí hasta que me devuelvas el vestido de terciopelo que me robaste.

—Abre la llave y te lo iré a buscar—dijo Frit.

«Tic!», advirtió el reloj. Pichuca se paró en seco.

—Querías engañarme, bribón!—exclamó indignada—; no te dejaré moverte de aquí; llama a tu amigo Fop, el gnomio del aire, y dile que me traiga el vestido y, a la vez, el gorrito de encaje que él me arrebató.

—¡Fop!—gritó Frit, resignado y vencido—, tráete el vestido y el gorro.

¡Pam, pam!—llamaron a la puerta.

—¿Quién va?—preguntó Pichuca.

—Soy Fop y traigo lo que me has pedido.

Pero el reloj dijo «Tic!», y Pichuca se detuvo; se acercó al frasco donde Flac, acurrucado y confuso, esperaba.

—De aquí no saldrás—declaró—como no le digas a Fop que traiga el delantalito azul que tú me quitaste, y, de paso, que le diga a Fum, el gnomio de la tierra, que me traiga también los zuecos de madera pintada, con los que se quedó.

«Tac!», aprobó el reloj con entusiasmo. Y Flac dijo:

—Compañero Fop, tráete el delantal y dile a Fum que traiga los zuecos.

Fop huyó volando y soplando, y al poco rato, «pam, pam, pam, pam!», sonaron en la puerta cuatro golpes y dos vocecillas dijeron:

—Somos Fop y Fum y lo traemos todo.

Recuperados los objetos por su legítima dueña y señora, Pichuca libertó a los cautivos, y les dijo:

—¿Ya no me causaréis disgustos?

—Si eres buena y obediente—dijeron los cuatro—, incluso nos convertiremos en tus amigos y protectores.

Y así fué. Desde aquel día Pichuca se convirtió en la mejor niña del mundo, y los cuatro gnomos en sus mejores amigos. Fum le regaló sus más lindas flores, y Flac su agua más fresca y cristalina; Fop se guardó muy mucho de soplar demasiado fuerte en invierno en torno a la casita blanca, y, en cambio, en verano abanicó a Pichuca con su brisa más suave, y Frit no volvió a quemarle ni siquiera la punta de sus deditos sonrosados.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.

LA NIÑA ENAMORADA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOSE MARIA DE ACOSTA

En el patio sevillano, alicatado con azulejos de reflejos metálicos y de pavimento de mármol, todo era zambra y bullicio.

El piano modulaba unas alegres sevillanas, y a sus sonos una linda pareja de mocitas lucía su garbo y gentileza con los elegantes y airosos movimientos del clásico baile andaluz.

Muchachas y muchachos pasaban por los corros las bandejas llenas de dulces y pastas, las bateas que sostenían las copas de oloroso jerez, de ambarina manzanilla o los vasos de fresca «sangría».

Repiqueaban las castañuelas, brotaban espontáneas las coplas sentimentales, restallaban los encendidos piropos, y por doquier corría, corría sin tasa, bajo diversas coloraciones, el zumo de las uvas.

Todo era zambra y bullicio en el patio sevillano.

Y, sin embargo, don Miguel Centeno, dueño de la casa y en honor del cual se celebraba la fiesta por ser el día de su santo onomástico, contemplaba melancólicamente el ir y venir de las bellas jóvenes, la algarabía de los chiquillos, el sereno hablar de las graves matronas.

El, tan jaranero y locuaz, con tan justa fama de tenorio, miraba por primera vez en su vida, con ojos empañados por la tristeza, la alegría de una fiesta. Nunca le sucedió cosa parecida. Siempre fué el más alcaído, el más dicharachero, el más bailarín, el más bebedor, el más enamorado, y hoy...

Nunca hasta entonces se le ocurrió reflexionar en que tocaba ya los linderos de la vejez, en que sus cincuenta años, aunque bien conservados, comenzaban a poner nieve en su corazón. ¡Qué insólita tristeza le había acometido inesperadamente! ¿Sería que la primera cana había asomado en su espíritu?

Se había subido al principal, solo, con su murria, y acodado sobre la baranda de uno de los abiertos balcones que caían al patio, miraba distraidamente el holgorio. Desde su atalaya veía a su mujer, doña Elena, tan afable, tan apacible, tan bondadosa, con su humanidad aún bella y algo exuberante, charlar reposadamente con otras señoras amigas; distinguía a su sobrina Rocío en su incesante corretear por el patio, yendo atolondradamente de aquí para allá y trasegando más

de lo regular del licor de la vida. ¡Qué joven, pues aún no contaba diez y seis años, y qué desarrollada estaba su sobrina, y, sobre todo, qué bonita era! ¡Qué lleno de picardía y gracia tenía aquel hechicero semblante, que dos trenzas de ébano encuadraban! ¡Cuán contenta parecía con los ojos chispeantes, aquellos ojos tan negros y tan hondos! ¡Y qué carácter tan vehemente y aturdido tenía la preciosa chiquilla! Y eso que, desde hacía unos meses, la observaba más seria y reconcentrada. ¿Se habría «colado» el amor en aquel ingenuo corazoncito? ¡Bah! ¡A buen seguro

que el amor no habría tomado la forma de Currito Revuelta, su adorador constante, pues la muchacha lo trataba harto desdeñosamente! Ahora mismo notaba cómo Currito andaba al retortero de la bella y cómo ésta le daba bonitamente de lado, sin prestarle maldita la atención.

Cuatro años hacía que, habiendo perdido Rocío en pocos meses a su padre y a su madre, ésta hermana de doña Elena, la trajeron a su hogar sin hijos. Y

Pero de algún tiempo a aquella parte venía advirtiéndole que la chiquilla esquivaba sus bromas y hasta que casi le huía. ¡Qué diantres le pasaba? A él no le remordía la conciencia de haberle hecho nada. ¡El demonio son las mujeres! ¡Cualquiera las entiende!

Era don Miguel alto, cenceño y bien plantado. La mirada, franca y jovial; el pelo, negro y rizado y con los aladares poblados de canas. Abonado al caso se-

villa casi tan popular como la Torre del Oro.

Pues en el ramo del mujeriego sevillano hubiera sido el *non plus ultra* de los *cicerones*: conocía al dedillo a todas las cigarrerías bonitas, a todas las mozas de vida dudosa y a todas las mujeres de postín que encerraba Sevilla. En fin, que hubiera podido formar el padrón por barrios de todas las mujeres guapas que engalanaban el solar hispalense sin que se hubiera dejado una en el tintero, lo que ya es decir, pues sevillana y bonita vienen a ser voces sinónimas. ¡Había una en la Alameda de Hércules!... ¡Pues vivía otra en la Puerta de la Carne!... ¡Pero como aquella del barrio de San Bernardo!... ¡Y si no, aquella niña que parecía una maceta de claveles más en su reja del barrio de la Cruz, en la propia calle de Don Remondo, casi a la sombra de la Giralda!... Y así hubiera dado norte de las flores más garridas que lozanaban en el vergel que riega el antiguo y caudaloso Betis.

Vamos, que de no verlo, no era para creído el que un hombre como él, que le hubiera podido echar un rentoy al propio burlador de Sevilla, pues eran innumerables las hembras con que fundadamente había dado que hablar, se hubiese subido, huyendo del «mundanal ruido», al principal y allí permaneciera, mano sobre mano, pensando en las Batuecas, sin que la contemplación de todas aquellas mujeres retrecheras que alegraban su patio le aguijara a bajar y decir siquiera a alguna qué bonitos ojos tienes. ¡Era para hacerse cruces! Que estuviera sin galantear a ninguna hermosa quien se pasó la vida galanteando a todas, juzgaríanlo sus amigos y conocidos cosa nunca vista y singular. Y eso que su figura esbelta y arrogante, su labia graciosa y ponderativa y su mirar aún fogoso, hubieran podido causar todavía estragos en la femenina grey congregada abajo; pero él no estaba de humor de chicleos ni de conquistas.

Por primera vez, ¡qué oportuna ocasión de filosofar! recapacitaba en la inutilidad de su vida, repartida entre colmados y mancebías; por primera vez se daba cuenta de su egoísmo; por primera vez contemplaba con remordimiento a su bonísima esposa, a la que con tantas infidelidades había agraviado.

Menos mal que doña Elena era, la pobre, de pastaflores, y jamás le había faltado una sonrisa indulgente para perdonarle sus calaveradas, si por rara casualidad habían llegado a su conocimiento. Tan enamorada estuvo siempre de aquel buen mozo que tenía por esposo, que nunca había visto más que por sus ojos, y a cada infidelidad parecía quererle más. Pero la verdad era que no tenía perdón de Dios por haberle hecho sufrir a aquella santa...

Sumido en estas acerbos reflexiones, no notó nuestro retraído caballero unos pasos que, de puntillas, se le acercaban; sólo se dió cuenta de la cercana presen-



en su esposa había encontrado la desvalida huérfana una nueva madre, y en él, no diría que un padre, porque no era de esos hombres que se dan por entero a la ternura familiar, pero sí un hermano mayor o, mejor tal vez, un buen amigo, un camarada. Así era que, de tanto bromear y jugar con ella, la muchacha no le tenía ni pizca de respeto. Ya se lo recriminaba su mujer:

—[Miguel, no te haces respetar de la niña!]

La «niña» para ellos era Rocío.

¡Como si él hubiese nacido para hacerse respetar de nadie!

villano; concurrente a todas las fiestas de reses bravas que se celebrasen en diez leguas a la redonda y de los que, antes de cada corrida, primero les hubiera faltado tiempo para comer que para ir a Tablada a formar juicio de las condiciones de las fieras cornúpetas que habían de lidiarse. Intimo de muchos ganaderos y astros coletudos, parroquiano asiduo de las más afamadas «burracherías» y de las tiendas de montañas más renombradas y nocherniego tan recalcitrante, que se recogía en su casa de madrugada, cuando se recogía, don Miguel era una institución en Se-

cía de otra persona cuando columbró unos torneados brazos, cuyas manos al punto le taparon mimosamente los ojos por detrás. Sintió sobre sus párpados la fina piel y el tibio calor de unas manecitas juveniles y femeninas, y junto a su espalda adivinó la proximidad de un cuerpo bien formado, de formas precozmente acentuadas. Una fragancia deliciosa a juventud y un tenue olor a esencia de heliotropo, el que gustaba Rocío, le hicieron no dudar.

—¡Eres Rocío!—dijo.

—Sí, «tito». ¿En que me has conocido?—preguntó la chica, quitando de sus ojos la dorable venda y acodándose junto a él sobre la barandilla del balcón.

—¿Qué sé yo! ¡En todo y en nada! Tu aroma es inconfundible: es el aroma del capullo que empieza a abrirse, de la muchacha que comienza a hacerse mujer. Es un aroma que percibe antes el alma que el olfato.

—¡Uy, qué bonito, «tito»! ¡No sabía yo que hicieras madrigales tan preciosos!—exclamó Rocío, palmeando—. Oye, ¿y se puede saber por qué estás esta noche tan «sombrón» que parece que huyes de la gente?

—Es que llega un día, Rocío, en que más que divertirnos nos gusta ver cómo se divierten los demás... Es que a mi edad, la alegría, como la luz de la luna, tiene que ser refleja.

—¡Filosófico y poético estás, «tito»! Y también tienes la coquetería de llamarte viejo, cuando muchos pollos envidiarían tu salud y tu presencia... Te encuentro desconocido; tú que eres el barbián más barbián de Sevilla, el más loco y mala persona, esta noche estás como si te hubieran dado cañazo... ¡No vayas a protestar! ¡Mala persona, sí; lo he dicho y lo sostengo! ¡Pocas partiditas serranas que tienes hechas a las sevillanas y a las que no son sevillanas!

Hablaba vivamente, con locuacidad encantadora; los grandes y adorables ojos fijos a ratos en los de su tío.

—¿Quién te contó tales disparates, sobrino?

—Es que yo tengo un pajarillo que me lo cuenta todo... Lo suelto y, a su regreso, me dice uno por uno todos tus pasos... ¡Y él me ha referido más horrores de ti! ¡Veces hubo en que tuve que taparme los oídos para no escucharle!

—Pues mira, niña, ten encerradito en su jaula a tu pajarillo y no lo echas a volar, porque no te cuenta mas que chismes y embustes.

—No, «tito»; si yo sé que tú eres bueno en el fondo... Lo que a ti te ha sucedido es que no has encontrado nunca una mujer que te quiera como a ti había que quererte para tenerte encadenadito, que te quiera como tú te mereces...

—Pero, niña, qué cosas tan desatinadas se te ocurren esta noche... ¡Una mocosa metida en psicologías! ¿Qué sabes tú de la vida, Rocío?

—¡Más de lo que tú te figuras! ¿Sigues tomándome como a una chiquilla? ¡Pues estás equivocado; has de saber que pienso y siento como una mujer!

—¡Ya sé que eres toda una mujer! ¡Una mujer hecha y derecha! Como mujer y no como chiquilla, te tiene el seso sorbido ese tuno de Currito—dijole su tío, que acostumbraba a darle matracas con las pretensiones del desdeñado galán.

—¡No me hables, por favor, de Currito! ¡Que «esaborición» de niño! ¡Qué «casaura» tiene el alma mía! ¡Se está hablando de aquí a mañana y no se acaba de contar la mala sombra que tiene el pobrecito!... ¡No se parece a mi «tito»! Porque ¿habrá quien tenga más ángel que tú, so bribón?—expresó Rocío con gachonería.

—¡No me piques, sobrino, que me lo voy a creer!

—¡De sobra lo sabes tú, hipocritón! Mira, y no creas, hasta cierto punto disculpo tus trapisondas, porque, como te he dicho, adivino que nunca has tropezado con una mujer que haya sabido llenar por completo tu corazón...

—¡Y dale, chiquilla! ¿Qué sabes tú de ese? ¡Cuando yo digo que has empujado el codo más de la cuenta!... A ver, apunta...

—¡Te juro que no estoy mareada, «tito» Miguel!

Hubo un breve silencio. Y de repente, ella, poniéndose seria en brusca transición, lo cortó diciendo:

—Si supieras que yo sé que hay una mujer que te quiere todo lo que tú te mereces...

—¿Una mujer?—preguntó don Miguel, a quien la honda y temblorosa inflexión de voz de su sobrina, más que sus palabras, pusieron pensativo.

—Sí, una mujer; lo que pasa es que tú nunca reparaste en ella, porque... porque la consideras aún una niña...

Hablaba a saltos, balbuciente y avergonzada. Estaba muy bella al hacer su declaración: roja como las guindas y con los ojos vueltos tenazmente para el lado opuesto al que se encontraba su tío. Pero como éste, no queriendo comprender, callara y la contemplase, abriendo unos ojos desmesurados, como portones de catedral, ella, a quien sus propias palabras aturdiran cada vez más, siguió apasionadamente, disparada ya:

—Sí, una mujer que está «penaíta» por ti... ¡Una mujer que no piensa más que en ti! ¡Qué no vive más que para ti!... ¿No caes?... ¡Pues esa mujer soy yo!

Ya no le hufa los ojos; por el contrario, lo miraba fijamente, para dar mayor fuerza a sus palabras y con una ligera expresión de angustia en el fondo de las pupilas.

—¡Tú!—exclamó perplejo don Miguel—. ¡Con razón te digo que, no ya mareada, sino que estás hecha una cuba!

—¿Borracha, yo? No. Créeme; quien a ti te quiere de verdad, quien te quiere con todas las veras de su alma y más que a las niñas de sus ojos, soy yo...

—¡Faltaría más que no quisieras a tu tío!—expresó don Miguel, desviando chancaramente la plática.

—No, no es eso... Es que yo te quiero como... como si fueras mi novio... ¿Quieres ser mi novio, «tito» Miguel?

—Chiquilla, ¡pero tú es que te has propuesto tomarme el cabello esta tarde, o es que estás ensayando conmigo lo que le piensas decir a Currito?

Mas no; de sobra comprendía don Miguel que a la muchacha, al hablarle, se le salía el corazón por la boca; lo veía claramente en su acento veraz y apasionado, en la zozobra con que lo miraba, en el anhelo con que aguardaba sus respuestas.

—Nunca hablé más formal—expresó sinceramente Rocío—. He bebido, sí; pero fué para perder la vergüenza y poder decirte lo que te he dicho... Porque a tu lado me consumía, viendo que nada adivinabas, que era casi una extraña para ti... Porque será una locura, será lo que tú quieras; pero ¡te quiero, te quiero y te quiero! Y este cariño no me cabía ya en el pecho, y si no te lo hubiese dicho me hubiera dañado el corazón...

¡Te quiero, sí; te quiero! Días y días necesité para convencirme de que te quiero como te quiero... Días y días traté de imprimir cualquier otro rumbo a mi corazón... ¡Mas todo fué en vano! ¡Te quiero, te quiero por encima de todo! ¿Quieres ser mi novio, «tito» Miguel?

Quedó silenciosa, con la mirada clavada en la de él con dolorosa intensidad.

—¡Basta ya de bromas, Rocío! Cuando se te pase la pitima hablaremos.

—¿No me crees? ¿Si me tirase desde el balcón al patio me creerías?—preguntó con súbito arranque.

El leyó en sus ojos la inquebrantable resolución de hacerlo a la menor indicación suya... Un coletazo de frío sacudió su medula. Aquella chiquilla, que consideraba como hija; que desde que casi era una pitusa convivía con él, aquella imaginación fogosa y exaltada era la víctima, ¡terrible víctima!, de su prestigio de Don Juan. ¡Triste prestigio el del averiado tenorio!

—¡Rocío, hija mía, no seas loca!—dijole tiernamente—. Reflexiona...

—¿Se le puede mandar al corazón que reflexione?

—Yo te quiero como a una hija, siempre te consideré como a tal...

—¿Y nunca podrás quererme de otro modo?

—¡Rocío!

—¡Nunca podrás quererme! ¡Lo comprendo, lo adivino! ¡Qué tristeza!... Quizá te resulte hasta repulsiva, por haberte declarado así mi amor... Y sin embargo, ¡es que ya no podía callar más!... No me quieres, no; nunca me querrás... ¡Qué desgraciada soy, madre mía!

Y sus lindos ojos se enturbiaron por las lágrimas y su pecho se hinchó de sollozos, y la niña enamorada rompió a llorar, a llorar sin consuelo. Lloraba como una chiquilla a quien quitan un juguete o contrarian en un gusto; mas su llanto no era por eso menos desolado.

«Tito» Miguel la contemplaba confuso, sin saber qué hacer ni qué decirle. «¡He aquí quien vino a ser mi postrer conquistador!», se decía con amargura.

Pero a esto, una muchacha amiga, la mayor de las de Gordillo, que desde el patio miró para arriba y vió a la joven llorar, le preguntó a voces:

—¿Qué te pasa, Rocío?

La joven se apresuró, toda avergonzada y llorosa, a retirarse del balcón y dejarse caer sobre una silla de las que había en el pasillo.

Doña Elena, informada de lo que sucedía, subió apresuradamente.

—¿Qué le pasa a la niña?—preguntó a su esposo, siempre tan confiada e inocentona.

—¿Qué sé yo! ¡Que sin duda ha bebido demasiado y la ha pillado triste.

—¿Qué tienes, Rocío, hija mía?

—No sé; sin saber por qué me han entrado unas ganas de llorar... ¡Ya ves qué tontuna! Voy a echarme un rato; me duele la cabeza...

Y sin entrar en más explicaciones ni mirar a sus tios, echó a correr, hecha una Magdalena, hacia su cuarto.

A la mañana siguiente, don Miguel reposaba tranquilamente en su lecho, cuando doña Elena penetró sobresaltada en la alcoba.

—¡Miguel! ¡Miguel!

—¿Qué pasa, mujer? ¿Qué hora es?—preguntó éste, despertando de no muy buen talante y desperezándose.

—Que la niña se marchó esta mañana a la misa de ocho del Salvador y son las once bien corridas y aún no ha regresado...

—Se habrá entretenido en la iglesia.

—No; he enviado allí a buscarla y no está; he mandado también a casa de las de Gordillo y tampoco se encuentra en ella, y no caigo dónde puede estar... Y lo más extraño es que he entrado en su aposento y he notado la falta de un retrato de sus padres y de otro tuyo que sobre su tocador tenía.

—¡Demonio!—expresó don Miguel, rasgando la cabeza en señal de profunda preocupación—. ¿Y has visto si se ha llevado ropa ó alguna otra cosa?

—Sólo los retratos eché de menos. Precisamente la conversación que tuvo con Rocío y el anómalo proceder de ésta habían tenido desvelado a don Miguel hasta cerca de la madrugada.

Y forzoso le era relacionar ahora la ausencia de la chica con lo acaecido la víspera. ¿Dónde podía haber ido Rocío? ¿Habría sido capaz de atentar contra su vida, como la noche precedente demostró tener arrestos para hacer? Esta sospecha hizo palidecer a don Miguel. ¡Tenía un genio tan vehemente la muchacha!

Vistióse apresuradamente, él que acostumbra a hacerlo con tanto cuidado y acicalamiento, y salió.

En el patio encontró a su esposa que, toda atribulada, hablaba con la criada.

—Viene de casa de mi prima Elvira y de casa de las de López, y en ninguna parte se encuentra—dijole ésta—. ¡Ay, Miguel, temo una desgracia!

—No digas tonterías, mujer.

—No te fijaste en ella anoche. P. imero demostraba una alegría, un aturdimiento extraordinarios; después una tristeza y un llanto extraños... A esa niña le pasa algo. ¿Sabes tú lo que le sucede?

—¿Qué he de saber, mujer! Se habrá encontrado a cualquier amiga en la iglesia, y a la salida se habrán ido juntas de paseo.

—¡De paseo a estas horas! ¿Estás en tu juicio, Miguel? Es muy chocante esto; nunca hizo cosa parecida.

—Voy a dar una vuelta a ver si la veo; pero tranquilízate, que no hay motivo para alarmarse.

Mas otra le quedaba dentro al caballero, que en vano trataba de disimular su desazón. Se lanzó a la calle al buen tuntún. No encontrándose en ninguno de los sitios adonde su mujer había mandado a buscarla, no presumía tampoco donde pudiera hallarse. Marchaba gesticulando por la calle, haciéndose y descartando mil conjeturas. Quien le viera venir de esta guisa y se fijara en lo desdichadamente que iba vestido, que hasta el lazo de la corbata llevaba a medio hacer, hubiérase quedado como el que ve visiones al reconocer al propio don Miguel Centeno, siempre tan terne y peripuesto.

De pronto, su rostro se iluminó: acababa de acordarse de la chacha Milagros, la nodriza que había amamantado a Rocío, y a quien ésta profesaba gran cariño. ¿Si estuviese en el domicilio de la chacha? Era el único lugar probable en que faltaba por investigar.

La chacha Milagros vivía en el barrio de Triana; don Miguel tomó un coche en la plaza de San Francisco y ordenó al cobero que lo condujera allá.

—¡A prisa! ¡A ver si arreas! ¡Te daré una buena propina!—dijo al punto de subirse en el carruaje.

—¡Descuide usted, señorito!

Pero aunque el auriga fustigó al jaco, a don Miguel le parecía que el coche marchaba lentamente.

En el puente, don Miguel vió venir, en dirección contraria, a la chacha Milagros, y ordenó al cobero parar; mas antes de que lo hiciese, con una agilidad impropia de sus años, saltó rápidamente del vehículo al suelo.

—En su busca iba, señorito Miguel; la niña...

—¿Está en tu casa, ama?—interrumpió impaciente el señor Centeno.

—Sí, señorito, y empeñada en no salir de allí...

Don Miguel respiró tranquilo; ¡qué peso se le había quitado de encima! Se le pasaron ganas de abrazar a la chacha. Afortunadamente, aquella sospecha martirizadora de que se hubiera suicidado carecía de fundamento.

Quieras que no, don Miguel obligó a

la chacha a subir al coche. Y ya sentada a su derecha, mientras el vehículo continuaba dando tumbos camino de la vivienda de la ex sirvienta, ésta le narró:

—Esta mañana temprano se presentó en mi casa; me dijo, llorando, que venía a quedarse en ella, que quería vivir conmigo, pues había tenido un disgusto con ustedes y no podía seguir en su casa... Yo, señorito, con alma y vida la tendrían en mi compañía, porque ya sabe usted que la quiero como a una hija; pero, la verdad, me parece que no está bien que una señorita tan principal viva con una pobre en una casa de vecinos, sin el regalo y la comodidad a que está acostumbrada.

—¿Y qué más te contó?

—Nada más, señorito Miguel; yo le he aconsejado que volviera con ustedes, que son como sus padres; pero tantas veces como se lo he dicho, tantas otras como me ha contestado, llorando, que no, que eso no era posible... Y yo, en su vista, tomé el camino de su casa para referirles lo que pasaba y que me indicasen lo que debís de hacer... No ha consentido decirme tampoco cuál fué la causa del disgusto que tuvo con ustedes... Yo me figuro que será cosa de novios, alguno que tendrá que no le convenga, por lo que ustedes se opondrán, y ello habrá motivado la riña... ¿No es eso, señorito?... Pero no la traten con rigor; si la pobrecita es un ángel de buena, don Miguel de mi alma. Háblenle al corazón y verán cómo responde... En estas cosas de amores, usted lo sabe mejor que yo, porque tiene más conocimiento y más experiencia de la vida, la violencia es lo peor...

Aquella buena mujer hablaba más que un sacamuelas, y hablando, hablando por los codos ella, y escuchando preocupado don Miguel, arribó el coche a la puerta del patio de vecinos donde la antigua ama de cría tenía su albergue.

Más fué el caso que, no bien entró la chacha Milagros en su habitación, al ver Rocio que venía acompañada de don Miguel, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Su tío corrió detrás de ella.

—¡Rocio! ¡Rocio! ¡Pero Rocio!

—Sí, sí; Rocio, a quien sin duda habían nacido alas en los pies, corría como si la fuera persiguiendo un miura, y no paró en su carrera hasta dar con su gentil persona en un oscuro camaranchón que al otro extremo de la vivienda se encontraba, y al cual se ascendía por una desvencijada escalera. Y no contenta con esto, cerró violentamente la puerta de aquel tugurio, corrió por dentro su cerrojo y aún apoyó en ella el cuerpo, como si temiera que tratasen de forzar la entrada.

—¡Rocio! ¡Mujer! ¡No seas niña, que tenemos que hablar!

Pero por mucho y recio que don Miguel la llamaba, y por más que aporreaba la puerta, el más espantoso silencio reinaba del otro lado de ella.

—¡Rocio! ¿No me oyes? ¡Contesta!

Igual silencio.

Don Miguel pensó que quizá su sobrina no quisiera hablar delante de la chacha Milagros, que al pie de la escalera se encontraba, por lo que, en voz alta, ordenó a ésta:

—Mire, ama, va usted a hacerme el favor de tomar el coche que he dejado a la puerta e ir a mi casa a tranquilizar a mi mujer, que se ha quedado, la pobre, que se le podía ahogar con un cabello... Dígame que la señorita había venido a visitarla y que en seguida se va conmigo para allá... No es menester que añada nada más; la señora tomaría un gran disgusto si se enterara de que su sobrina no quiere volver con ella... Y en cuanto

llegue, envíe el coche para que nos recoja.

Chacha Milagros salió a cumplimentar la orden, y don Miguel tornó a llamar a su sobrina.

—¡Rocio! La chacha se marchó ya. ¿Me oyes?

Detrás de la puerta, Rocio articuló tan débilmente, que más que una sílaba pareció un suspiro:

—¡Sí!

—Pues abre para que hablemos.

Con más firmeza ahora contestaron:

—¡No!

—Bien; pues hablaremos así, qué remedio... ¿Qué arrechucho es ese que te ha entrado? ¿Por qué no quieres vivir ya con nosotros?

—¡Claro que no, tonta! ¿Quién presta atención a un borracho? ¡Y tú la cogiste de órdago, de órdago a la grandel! Además, que yo, aunque no bebí demasiado, estaba también algo trastornado. Por esto fué el subirme solo al principal. ¿Era por esa tontería por lo que te querías marchar de casa? ¡Bah, qué chiquillada! ¡Se necesita no estar en sus cabales! Ya ves qué fácilmente se arregla todo en la vida poniéndose al habla. ¡Anda, abre!

—Abrir, no.

—¿Por qué?

—Porque me da mucha vergüenza de verte.

—¡Y dale, mujer! ¡Ahora salimos con esa!



Don Miguel esperó en vano la respuesta.

—Pero Rocio, no seas chiquilla y contesta: ¿qué te hemos hecho para que no quieras seguir a nuestro lado? ¿Qué queja tienes?

—Ninguna. Es que después de lo que pasó anoche no puedo seguir viviendo en tu casa.

—Pero ¿qué fué lo que pasó anoche? Que te emborrachaste y dirías algunos disparates, como se dicen siempre que los vapores del vino se nos suben a la cabeza... Disparates a los que nadie da, como es natural, importancia alguna... Yo ni me acuerdo de lo que dijiste... Me quisiste embromar; eso fué todo.

La niña se asió a aquel cable que le tendían.

—Sí, debí decir sandeces y despropósitos a porrillo; estaba muy mareada.

—¡Ves!

—¿De verdad que no te acuerdas de mis descabelladas y locas palabras?

—¡Que no y no!

—Pero ¿no te vas a venir conmigo a casa?

—¡No!

—¡Rocio, no seas niña! ¿No comprendes que aquí no es cosa de que sigas? Además, tu salida de casa se prestaría a comentarios, fuera del pesar que con ello nos causarías... Y si hubiese un motivo, una razón; pero no la hay... ¡Anda, sal y vámonos!

Oyéronse dentro unos apagados sollozos.

—Pero Rocio, ¡por Dios! ¿Por qué lloras? ¿Qué te hemos hecho? No te empeñes en atormentarte sin causa. ¡Sal, mujer, no seas chiquilla! ¡Ya debe haber vuelto el coche!

Entre sollozos la oyó balbucir:

—¡Contigo no me voy, no!

—Pero ¿por qué?

—¡Ya te lo he dicho; porque me da mucha vergüenza verte!

—Bueno, Rocio, como quieras. No te vendrás conmigo; pero ahora enviaré recado a la chacha para que vuelva a recogerte. ¿Me prometes que te irás con ella?

Hubo un silencio. Al cabo, escuchó tenuemente esta laconica expresión:

—¡Sí!

—¿Palabra?

—¡Palabra!

—Bien; pues entonces me voy y en seguida vendrá la chacha por ti... Y no seas inocente, no des en reinar en las bobadas que el vino te pueda haber hecho decir, pues ni yo ni nadie nos acordamos de ellas—y deseando conceder mayor regua a la muchacha para que por completo se serenara, añadió: —Mira, y dale a tu tía que no me espere a almorzar; estoy invitado en la venta Eritaña con unos amigos.

Rocio volvió, como había prometido, a casa de sus tíos; mas en lo sucesivo fué sumamente reservada con don Miguel, cuya presencia esquivaba cuanto podía, sobre todo el quedarse a solas con él.

Pero lo más extraño fué que desde entonces comenzó a dar cara a Currito, y a poco púsose en relaciones con el antes desdenado pretendiente. Y estos amores los llevó la muchacha tan por la posta, que no tardó muchos meses en casarse. Y el que fué objeto de sus mofas, por lo soso y desgarrado, la condujo ante el altar.

Esta inexplicable conducta traía desconcertado a don Miguel. Su sobrina ¿había estado realmente enamorada de él? ¿Aquella borrachera que él piadosamente había supuesto, no sería por acaso cierta y producto de ella la apasionada declaración que la muchacha le hizo en aquella noche memorable? O ¿no sería, quizá, que por un fenómeno de espejismo, que pronto disipó la realidad, su sobrina, en su inexperiencia, hubiese tomado por amor lo que sólo fué afecto familiar? A pesar de ser hombre avezado al trato de mujeres de toda edad y condición, don Miguel no sabía a qué carta quedarse.

Terminada la ceremonia nupcial, don Miguel se acercó a felicitar a Rocio.

—Mira «tío»—dijole ésta, cuyos ojos brillaban como en aquella inolvidable noche—, a ver si en adelante te consagras por entero a la tía Elena, que ya no estás para calaveradas, sino para sopitas y buen vino.

Estas palabras llenaron aún más de confusión al caballero. ¿Fué sincera Rocio al expresarse así, o fué una burla o fué un reproche? ¡Arcanos del alma femenina! Su tío continuó con sus dudas más acentuadas aún.

Don Miguel vió partir de su casa a la recién casada, con esa mezcla de tristeza y de alegría que nos invade cuando con férrea voluntad logramos dominar nuestras pasiones e imponemos un sacrificio a nuestros apetitos; porque desde la noche de marras, el enamoradizo señor principió a querer a Rocio de modo bien distinto de como la quiso hasta entonces...

Si la niña estuvo enamorada, el burlador no se atrevió aquella vez a burlar... El gavilán no hizo presa en la incauta paloma.

Y así, con el corazón angustiado, contempló el conquistador cómo se alejaba la que tal vez fué su última conquista...

La última, porque don Miguel, desde aquel lance, se cortó definitivamente la coleta de tenorio, conforme él decía con una locución taurómaca.

José María DE ACOSTA

Ilustraciones de Bartolozzi.

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para ponerlos a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23.—MADRID